

nos pocos años. Fingense de ménos edad, y lisonjéanse con la mentira; engañanse con tanto gusto como si juntamente engañaran á los hados. Pero cuando algun accidente les advierte la mortalidad, mueren como aterrorizados, no como los que salen de la vida, sino como excluidos de ella. Dicen á voces que fueron ignofantes en no haber vivido, y que si escapan de aquella enfermedad, han de vivir en descanso; conocen entónces cuán en vano adquirieron los bienes que no han de gozar, y cuán perdido fué todo afán. Pero ¿qué cosa estorba que la vida de los que la pasan apartados de negocios no sea larga? Ninguna parte de ella se emplea en diferente fin, nada se desperdicia, nada se da á la fortuna, nada con negligencia se pierde, nada se disminuye con dádivas, nada hay infructuoso; y para decirlo en una palabra, toda ella está dando réditos, y así, por pequeña que sea, es suficiente. De que se seguirá que cada y cuando que al varon sabio se llegare el último día, no se detendrá en ir á la muerte con paso deliberado. Preguntárame, por ventura, ¿á qué personas llamo ocupadas? No pienses que hablo sólo de aquellos que para que desocupen los tribunales es necesario soltar los perros, y que tienen por honrosos los encontrones que les dan los que los siguen, y por afrentosos los que reciben de los que no les acompañan, ni aquellos á quien sus oficios los sacan de sus casas para chocar con las puertas ajenas, ni aquellos á quien enriquece la vara del juez con infames ganancias, que tal vez crian postema. El ocio de algunos está ocupado en su aldea ó en su cama; pero en medio de la soledad, aunque se apartaron de los demas, ellos mismos se son molestos; y así, de éstos no hemos de decir que tienen vida descansada, sino ocupacion ociosa.

CAPÍTULO XIII.

¿Llamarás tú desocupado al que gasta la mayor parte del día en limpiar con cuidadosa solicitud los vasos de Corinto, estimados por la locura de algunos, y en quitar el orin á las mohosas medallas? ¿Al que sentado en el lugar de las luchas, está mirando las pendencias de los mozos? Porque ya (oh grave mal!) no sólo enfermamos con vicios romanos. ¿Al que está apareando los rebaños de sus esclavos, dividiéndolos por edades y colores, y al que banquetea á los que vencen en la lucha? ¿Por qué llamas descansados á aquellos que pasan muchas horas con el barbero mientras les corta el pelo que creció la noche pasada, y mientras se hace la consulta sobre cualquiera cabello, y mientras las esparcidas guedejas se vuelven á componer, ó se compele á los desviados pelos que de una y otra parte se juntan para formar copete? Por cualquier descuido del barbero se enojan como si fueran varones; enfurécense si se les cortó un átomo de sus crines, ó si quedó algun cabello fuera de órden, y si no entraron todos en los rizos. ¿Cuál de éstos no quiere más que se descomponga la paz de la república que la compostura de su cabello? ¿Cuál no anda más solícito en el adorno de su cabeza que en la salud del imperio, preciándose más de lindo que de honesto? ¿A éstos llamas tú desocupados, estando tan ocupados entre el peine y el espejo?

Pues ¿qué dirás de aquellos que trabajan en componer, oír y aprender tonos, mientras con queiebras de necísima melodía violentan la voz que naturaleza les dió, con un corriente claro, bueno y sin artificio? ¿Aquellos cuyos dedos midiendo algun verso están siempre haciendo són? ¿Aquellos que llamados para cosas graves y tristes, se les oye una tática música? Todos éstos no tienen ocio, sino perezoso negocio. Tampoco pondré convites de éstos entre los tiempos desocupados, viéndolos tan solícitos en componer los aparadores, en alinear las libreas de sus criados, que suspensos están en cómo vendrá partido el javalí por el cocinero, con qué presteza han de acudir los pajes á cualquier seña, con cuánta destreza se han de trincar las aves en no feos pedazos, cuán curiosamente los infelices mozuelos limpian la saliva de los borrachos. Con estas cosas se efecta granjear fama de curiosos y espléndidos, siguiéndoles de tal modo sus vicios hasta el fin de la vida, que ni beben ni comen sin ambicion. Tampoco has de contar entre los ociosos á los que se hacen llevar de una parte á otra en silla ó en litera, saliendo al encuentro á las horas del paseo, como si el dejarle no les fuera lícito. Otro les advierte cuándo se han de lavar, cuándo se han de bañar, cuándo han de cenar, y llega á tanto la enfermedad de ánimo relajado y dejativo, que no pueden saber por sí si acaso tienen hambre. Oí decir de uno de estos delicados (si es que se puede llamar deleite ignorar la vida y costumbres de hombres), que habiéndole sacado de un baño en brazos y sentádole en una silla, que dijo, preguntando, si estaba sentado. ¿Pensas tú que éste, que ignora si está sentado, sabe si vive, si ve y si está ocioso? No sé si me compadezca más de que lo ignorase ó de que fingiese ignorarlo. Muchas son las cosas que ignoran, y muchas en las que imitan la ignorancia; deléitanles algunos vicios, y teniéndolos por argumento de su felicidad, juzgan que es de hombres bajos el saber lo que han de hacer. Dirás que los poetas han fingido muchas cosas para zaherir las demasías. Pues créeme, que es mucho más lo que se les pasa por alto que lo que fingen; habiendo en este nuestro infeliz siglo (para sólo esto ingenioso) pasado tan adelante la abundancia de increíbles vicios, que podemos llegar á condenar la negligencia de las sátiras; habiendo alguno tan muerto en sus deleites, que cometa á juicio ajeno el saber si está sentado ó no.

CAPÍTULO XIV.

Este, pues, no se debe llamar ocioso; otro nombre se le ha de poner; enfermo está, ó por mejor decir, muerto. Ocioso es el que conoce su ocio; pero el que para entender sus acciones corporales necesita de quien se las advierta, éste solamente es medio vivo. ¿Cómo tendrá dominio en el tiempo? Sería prolijidad referir todos aquellos á quien los dados, el ajedrez, la pelota ó el cuidado de curtirse al sol, les consume la vida. No son ociosos aquellos cuyos deleites los traen afanados; y nadie duda que los que se ocupan en estudios de letras inútiles, de que ya entre los romanos hay muchos, fatigándose no poco, obran nada. Enfermedad fué de los griegos, investigar qué número de remeros tuvo

Ulises; si se escribió primero la *Iliada* ó la *Odisea*; si son entramos libros de un mismo autor, con otras impertinencias de esta calidad, que calladas, no ayudan á la conciencia, y dichas, no dan opinion de más docto, sino de más enfadoso. Advierte cómo se ha ido apoderando de los romanos la inútil curiosidad de aprender lo no necesario. Estos días oí á un hombre sabio que referia que Druiilo fué el primero que venció en batalla naval; que Curio Dentato el primero que metió elefantes en el triunfo; aunque la noticia de estas cosas no mira á la gloria verdadera, tocan sus ejemplos en materias civiles; no siendo útil su conocimiento, nos deleita con una gustosa vanidad. Perdonemos tambien á los que inquieren cuál fué el primero que persuadió á los romanos la navegacion. Éste fué Claudio Candex, llamado así porque los antiguos llamaban *candex* á la trabazon de muchas tablas, y las tablas se llaman *codices*, y los navios, que segun la antigua costumbre portean los bastimentos, se llaman *caudicatas*. Permitase asimismo saber que Valerio Corvino fué el primero que sujetó á Mecina y el primero que de la familia de los Valerios se llamó Mesana, tomando el nombre de la ciudad rendida, y que mudando el vulgo poco á poco las letras, se vino á llamar *Mesala*. ¿Permitirás, por ventura, averiguar si fué Lucio Sula el primero que dió en el coso leones sueltos, habiendo sido costumbre hasta entónces darlos atados? ¿Y que el rey Boco envió flecheros que los matasen? Permitase tambien esto; pero ¿qué fruto tiene el saber que Pompeyo fué el primero que metió en el coliseo diez y ocho elefantes, que peleasen en modo de batalla con los hombres delincuentes? El príncipe de la ciudad, y el mejor de los príncipes, como publica la fama, siendo de perfecta bondad, tuvo por fiestas dignas de memoria matar por nuevo modo los hombres. Pelean? poco es; despedázanse? poco es; queden oprimidos con el grave peso de aquellos animales. Harto mejor fuera que semejantes cosas se olvidáran, porque no hubiera despues algun hombre poderoso, que aprendiera y envidiara tan inhumana vanidad.

CAPÍTULO XV.

¡Oh qué grande ceguera pone á los humanos entendimientos la grande felicidad! Juzgó aquel que entónces se empinaba sobre la naturaleza, cuando exponia tanta muchedumbre de miserables hombres á las bestias nacidas debajo de otros climas, cuando levantaba guerras entre tan desiguales animales, cuando derramaba mucha sangre en la presencia del pueblo romano, á quien poco despues habia de forzar á que derramára mucha, y él mismo despues, engañado por la maldad alejandrina, se entregó á la muerte por mano de un vil esclavo, conociéndose entónces la vana jactancia de su sobrenombre. Pero volviendo al punto de que me divertí, mostraré en otra materia la inútil diligencia de algunos. Contaba este mismo sabio que triunfando Metelo de los cartagineses, vencidos en Sicilia, fué sólo entre los romanos el que llevó delante el carro ciento veinte elefantes cautivos. Que Sila fue el último de los romanos que extendió la ronda de los muros, no habiendo sido costumbre de los antiguos alargarla cuando se adquiria nuevo campo en la provincia, sino cuando se ganaba en Ita-

lia. El saber esto es de más provecho que averiguar si el monte Aventino está fuera de la ronda, como éste mismo afirmaba, dando dos razones: ó porque la plebe se retiró á él, ó porque consultando Remo en aquel lugar los agüeros, no halló favorables las aves, diciendo otras innumerables cosas, que ó son fingidas ó semejantes á ficciones; porque aunque les concedas escriban estas cosas con buena fe y con riesgo de su crédito, dime, qué culpas se enmendarán con esta doctrina? Qué deseos enfrena? ¿Á quién hace más fuerte, más justo y más liberal? Solia decir nuestro Faviano que dudaba si era mejor no ocuparse en algunos estudios, ó embarazarse en éstos. Solos aquellos gozan de quietud, que se desocupan para admitir la sabiduría, y solos ellos son los que viven; porque no sólo aprovechan su tiempo, sino que le añaden todas las edades, haciendo propios suyos todos los años que han pasado; porque, si no somos ingratos, es forzoso confesar que aquellos clarísimos inventores de las sagradas ciencias nacieron para nuestro bien y encaminaron nuestra vida; con trabajo ajeno somos adestrados al conocimiento de cosas grandes, sacadas de las tinieblas á la luz. Ningun siglo nos es prohibido, á todos somos admitidos; y si con la grandeza de ánimo quisiéremos salir de los estrechos límites de la imbecilidad humana, habrá mucho tiempo en que poder espaciarnos. Podrémos disputar con Sócrates, dificultar con Carneades, aquietarnos con Epicuro, vencer con los estoicos la inclinacion humana, adelantarla con los cínicos, y andar juntamente con la naturaleza en compañía de todas las edades. ¿Cómo, pues, en este breve y caduco tránsito del tiempo no nos entregamos de todo corazon en aquellas cosas que son inmensas y eternas, y se comunican con los mejores? Éstos que andan pasando de un oficio en otro, inquietando á sí y á los demas, cuando hayan llegado á lo último de su locura, y cuando hayan visitado cada dia los umbrales de todos los ministros, y cuando hayan entrado por todas las puertas que hallaron abiertas, cuando hayan ido por diferentes casas, haciendo sus interesadas visitas, á cuantos podrán ver en tan inmensa ciudad, divertida en varios deseos; ¡qué de ellos encontrarán, cuyo sueño, cuya lujuria ó cuya descortesía los desechen! ¡Cuántos que despues de haberles tormentado con hacerles esperar, se les escapen con una fingida prisa! ¡Cuántos que, por no salir por los zaguanes, llenos de sus paniaguados, huirán por las secretas puertas falsas, como si no fuera mayor inhumanidad engañar que despedir! ¡Cuántos soñolientos y pesados con la embriaguez, contraida la noche ántes con un arrogante bocezo, abriendo apenas los labios, pagarán á los miserables que perdieron su sueño por guardar el ajeno, las salutations infinitas veces repelidas! Solos aquellos, podemos decir, están detenidos en verdaderas ocupaciones, que se precian tener continuamente por amigos á Cenon, á Pitágoras, á Demócrito, á Aristóteles y Teofrastro, y los demas varones eminentes en las buenas ciencias. Ninguno de éstos estará ocupado, ninguno dejará de enviar más dichoso y más amador de sí, al que viniere á comunicarlos; ninguno de ellos consentirá que los que comunicaren salgan con las manos vacías. Éstos á todas horas de dia y de noche se dejan

comunicar de todos; ninguno de ellos te forzará á la muerte, y todos ellos te enseñarán á morir. Ninguno hollará tus años, ántes te contribuirán de los suyos. Ninguna conversacion suya te será peligrosa; no será culpable su amistad ni costosa su veneracion.

CAPÍTULO XVI.

De su comunicacion sacarás el fruto que quisieres, sin que por ellos quede el que consigas más cuanto más sacares. ¡Qué felicidad y qué honrada vejez espera al que se puso debajo de la proteccion de ésta! Tendrá con quien deliberar de las materias grandes y pequeñas, á quien consultar cada día en sus negocios, y de quien oír verdades sin injurias, y alabanzas sin adulacion, y una idea cuya semejanza imite. Solemos decir que no estuvo en nuestra potestad elegir padres, habiéndonos dado la fortuna; con todo eso, habiendo tantas familias de nobilísimos ingenios, nos viene á ser lícito nacer á nuestro albedrío. Escoge á cuál de ellas quieres agregarte, que no sólo serás adoptado en el apellido, sino para gozar aquellos bienes que no se dan para guardarlos con malignidad y bajeza, siendo de calidad que se aumentan más cuando se reparten en más. Estas cosas te abrirán el camino para la eternidad, colocándote en aquella altura, de la cual nadie será derribado. Sólo este medio hay con que extender la mortalidad, ó para decirlo mejor, para convertirla en inmortalidad. Las honras y las memorias, y todo lo demas, que ó por sus decretos dispuso la ambicion, ó levantó con fábricas, con mucha brevedad se deshace; no hay cosa que no destruya la vejez larga, consumiendo con más prisa lo que ella misma consagró. Sola la sabiduría es á quien no se puede hacer injuria; no la podrá borrar la edad presente, ni la disminuirá la futura, ántes la que viniere añadirá alguna parte de veneracion; porque la envidia siempre hace su morada en lo cercano, y con más sinceridad nos admiramos de lo más remoto. Tiene, pues, la vida del sabio grande latitud, no la estrechan los términos que á la de los demas; él solo es libre de las leyes humanas; sirvenle todas las edades como á Dios; comprehende con la recordacion el tiempo pasado, aprovéchase del presente y dispone el futuro; con lo cual, la union de todos los tiempos hace que sea larga su vida; siendo muy corta y llena de congojas la de aquellos que se olvidan de lo pasado, no cuidan de lo presente y temen lo futuro, y cuando llegan á sus postrimerías, conocen tarde los desdichados que estuvieron ocupados mucho tiempo en hacer lo que en sí es nada.

CAPÍTULO XVII.

Y no tengas por suficiente argumento para probar que tuvieron larga vida, el haber algunas veces llamado á la muerte; atormentálos su imprudencia con inconstantes afectos, que incurriendo en lo mismo que temen, desean muchas veces la muerte, porque la temen. Tampoco es argumento para juzgar larga la vida, el quejarse de que son largos los días, y que van espaciosas las horas para llegar al tiempo señalado para el convite. Porque si tal vez los dejan sus ocupaciones, se abrasan

en el descanso, sin saber cómo le desecharán ó cómo lo aprovecharán; y así luego buscan alguna ocupacion, teniendo por pesado el tiempo que están sin ella; sucediéndoles lo que á los que esperan el día destinado para los juegos gladiatorios ó para otro algun espectáculo ó fiestas, que desean pasen aprisa los días intermedios, porque tienen por prolija la dilacion que retarda lo que esperan para llegar á aquel tiempo, que al que le ama es breve y precipitado, haciéndose más breve por su culpa; porque sin tener consistencia en los deseos, pasan de una cosa en otra. A éstos no son largos, sino molestos, los días; y al contrario, tienen por cortas las noches los que las pasan entre los lascivos abrazos de sus amigas ó en la embriaguez, de que tuvo origen la locura de los poetas, que alentaron con fábula las culpas de los hombres, fingiendo que Júpiter, enviciado en el adulterio de Alcmena, habia dado duplicadas horas á la noche. El hacer autores de los vicios á los dioses, ¿qué otra cosa es, sino animar á ellos, y dar á la culpa una disculpable licencia con el ejemplo de la Divinidad? ¿A éstos, que tan caras cuestan las noches, podrán dejar de parecerles cortisimas? Pierden el día esperando la noche, y la noche con el temor del día; y áun sus mismos deleites son temerosos y desasosegados con varios recelos, entrando en medio del gusto algun congojoso pensamiento de lo poco que dura. De este afecto nació el llorar los reyes su poderío, y sin que la grandeza de su fortuna los alegrase, les puso terror el fin que les esperaba. Extendiendo el insolentísimo rey de los persas sus ejércitos por largos espacios de tierra, sin poder comprehender su número ni medida, derramó lágrimas, considerando que dentro de cien años no habia de haber vivo alguno de tan florida juventud; siendo el mismo que los llora, el que les habia de apresurar la muerte; y habiendo de consumir en breve tiempo á unos en tierra, á otros en mar, á unos en batallas, á otros en huidas, ponía el temor en el centésimo año.

CAPÍTULO XVIII.

Son, pues, sus gustos cargados de recelos, porque no estriban en fundamentos sólidos; y así, con la misma vanidad que les dió principio, se deshacen. ¿Cuáles, pues, juzgarás son aquellos tiempos, áun por su misma confesion miserables, pues áun los en que se levantan, sobrepujando el sér de hombres, son poco serenos? Los mayores bienes son congojosos, y nunca se ha de dar menos crédito á la fortuna que cuando se muestra favorable. Para conservarnos en una buena dicha, necesitamos de otra, y de hacer votos para que duren los buenos sucesos, porque todo lo que viene de mano de la fortuna es instable, y lo que subió más alto está en mayor disposicion de caída, sin que cause deleite lo que amenaza ruina; y así, es forzoso que no sólo sea brevísima, sino miserable, la vida de aquellos que con gran trabajo adquieren lo que con mayor han de poseer. Consiguen con su sudor lo que desean, y poseen con ansias lo que adquirieron con trabajo, y con esto, no cuidan del tiempo, que pasando una vez, jamas ha de volver. A las antiguas ocupaciones substituyen otras de nuevo; una esperanza despierta á otra, y una ambi-

cion á otra ambicion; no se busca el fin de los trabajos, pero múdase la materia. Nuestras honras nos atormentan, pero más tiempo nos consumen las ajenas; acabase el trabajo de nuestra pretension, y comenzamos el de las intercesiones. Dejamos la molestia de ser fiscales, y conseguimos la de ser jueces; acabóse la judicatura, pasa á contador mayor; envejeció siendo mercenario procurador de haciendas ajenas, y hállase embarazado con la propia. Dejó á Mario la milicia, y ocupó el consulado. Solicita Quintio el huir de la dictadura, y sacaránle para ella desde el arado. Irá Escipion á las guerras de Africa sin madura edad para tan grande empresa, volverá vencedor de Anibal y de Antioco, será honor de su consulado y fiador del de su hermano. Y si él no lo impidiere, le harán igual á Júpiter, y á éste, que era el amparo de la patria, acosarán civiles sediciones. Y al que supo en la juventud desechar los debidos honores, le deleitará en la vejez la ambicion de un pertinaz destierro. Nunca han de faltar causas de cuidado, ora felices, ora infelices; con las ocupaciones se cierra la puerta, deseándose siempre, sin llegar á conseguirse.

CAPÍTULO XIX.

Desvíate, pues, oh clarísimo Paulino, del vulgo, y recógete á más seguro puerto, y no sea como arrojado por la vejez. Acuérdate de los mares que has navegado, las tormentas propias que has padecido, y las que, siendo públicas, has hecho tuyas. Suficientes muestras ha dado tu virtud en inquietas y trabajosas ocasiones; experimenta ahora lo que hace en la quietud. Justo es hayas dado á la república la mayor y mejor parte de la edad, toma tambien para tí alguna parte de tu tiempo. Y no te llamo á perezoso y holgazan descanso, ni para que sepultes tu buena inclinacion en sueño ni en deleites estimados del vulgo; que eso no es aquietarse. Hallarás retirado y seguro ocupaciones más importantes de las que hasta ahora has tenido. Administrando tú las rentas del imperio con moderacion de ser ajenas, con la misma diligencia que si fueran propias y con la rectitud de ser públicas, consigues amor de un oficio en que no es pequeña hazaña evitar el odio. Pero créeme, que es más seguro el estar enterado de la cuenta de tu vida que de las del pósito del trigo público. Reduce á tí ese vigor de ánimo capacísimo de grandes cosas, y apártale de ese ministerio, que aunque es magnífico, no es apto para vida perfecta; y persuádate que tantos estudios como has tenido desde tu primera edad en las ciencias, no fueron á fin de que se entregasen á tu cuidado tantos millares de hanegas de trigo; de cosas mayores y más altas habias dado esperanzas. No faltarán para esa ocupacion hombres de escogida capacidad y de cuidadosa diligencia. Para llevar cargas, más aptos son los tardos jumentos que los nobles caballos, cuya generosa ligereza ¿quién hay que la oprima con peso grave? Piensa asimismo de cuánto fastidio sea el exponerte á tan grande cuidado. Tu ocupacion es como los estómagos humanos, que ni admiten razon, ni se mitigan con equidad, porque el pueblo hambriento no se aquieta con ruegos. Pocos días despues que murió Cayo César (si es que en los difun-

tos hay algun sentido), llevando ásperamente el haber muerto, quedando el pueblo romano en pié y con bastimentos para siete ó ocho días, mientras jugando con las fuerzas del imperio, junta puentes á las naves, llegó á los cercados el último de los males, que es la falta de los bastimentos; y el querer imitar á un furioso rey extranjero con infelicidad soberbio, le hubo de costar la pérdida y la hambre, y lo que á ella se sigue, que es la ruina de todas las cosas. ¿Qué pensamiento tendrían entónces aquellos á quien estaba encomendada la provision del trigo público, esperando recibir hierro, piedras, fuego y espadas? Encerraban con suma disimulacion, y no sin causa, en sus pechos tantos encubiertos males, por haber muchas enfermedades que se han de curar, ignorándolas los enfermos, habiendo habido muchos á quien el conocer su enfermedad fué causa de su muerte.

CAPÍTULO XX.

Recógete á estas cosas, más tranquilas, más seguras y mayores. ¿Piensas que es igual ocupacion cuidar que el trigo se eche en los graneros, sin que la fraude ó negligencia de los que le portean le hayan maleado, atendiendo á que con la humedad no se dañe ó escaliente, para que responda al peso y medida? ¿O el llegarte á estas cosas sagradas y sublimes, habiendo de alcanzar con ellas la naturaleza de los dioses? ¿Y qué deleite, qué estado, qué fortuna, qué suceso espera tu alma, y en qué lugar nos ha de poner la naturaleza cuando estemos apartados de los cuerpos? ¿Qué cosa sea la que sustenta todas las cosas pesadas del mundo, levantando al fuego á lo alto, moviendo en sus cursos las estrellas con otras mil llenas de maravillas? ¿Quieres tú, dejando lo terreno, mirar con el entendimiento estas superiores? Ahora pues, mientras la sangre está caliente, los vigorosos han de caminar á lo mejor. En este género de vida te espera mucha parte de las buenas ciencias, el amor y ejercicio de la virtud, el olvido de los deleites, el arte de vivir y morir, y, finalmente, un soberano descanso. El estado de todos los ocupados es miserable; pero el de aquellos, que áun no son suyas las ocupaciones en que trabajan, es miserableísimo; duermen por sueño ajeno, andan con ajenos pasos, comen con ajena gana; hasta el amar y aborrecer, que son acciones tan libres, lo hacen mandados. Si éstos quisieren averiguar cuán breve es su vida, consideren qué parte ha sido suya. Cuando vieres, pues, á los que van pasando de una en otra judicatura, ganando opinion en los tribunales, no les envidies; todo eso se adquiere para pérdida de la vida, y para que sólo se cuente el año de su consulado, destruirán todos sus años. A muchos desamparó la edad, mientras trepando á la cumbre de la ambicion, luchaban con los principios; á otros, despues de haber arribado por mi indignidades á las dignidades supremas, les llega un miserable desengaño de que todo lo que han trabajado ha sido para el epitafio del sepulcro. A otros desamparó la cansada vejez, mientras como juventud se dispone entre graves y perversos intentos, para nuevas esperanzas.

CAPÍTULO XXI.

Torpe es aquel á quien estando en edad mayor, coge la muerte ocupado en negocios de no conocidos litigantes, procurando las lisonjas del ignorante vulgo; y torpe aquel que ántes cansado de vivir que de trabajar, murió entre sus ocupaciones. Torpe el enfermo, de quien por verle ocupado en sus cuentas, se rie el ambicioso heredero. No puedo dejar un ejemplo que me ocurre. Hubo un viejo llamado Turanio, de puntual diligencia, y habiéndole Cayo César jubilado en oficio de procurador sin haberlo él pedido, por ser de más de noventa años, se mandó echar en la cama, y que su familia le llorase como á muerto. Lloraba, pues, toda la casa el descanso de su viejo dueño, y no cesó la tristeza hasta que se le restituyó aquel su trabajo: tanto se estima el morir en ocupacion. Muchos hay de esta opinion, durando en ellos más el deseo que la poten-

cia; para trabajar pelean con la imbecilidad de su cuerpo, sin coudenar por pesada á la vejez por otro algun título, más de porque los aparta del trabajo. La ley no compele al soldado en pasando de cincuenta años, ni llama al senador en llegando á sesenta. Más dificultosamente alcanzan los hombres de sí mismos el descanso que de la ley; y miéntras que son llevados, ó llevan á otros, y unos á otros se roban la quietud, haciendo los unos á los otros alternadamente miserables, pasan una vida sin fruto, sin gusto y sin ningun aprovechamiento del ánimo. Ninguno pone los ojos en la muerte, todos alargan las esperanzas, y algunos disponen tambien lo que es para despues de la vida grandes máquinas de sepulcros, epitafios en obras públicas, ambiciosas dotaciones para sus exequias. Ten por cierto que las muertes de éstos se pueden reducir á hachas y cirios, como entierro de niños.

LIBRO SEXTO.

A POLIBIO

DE CONSOLACION.

CAPÍTULO XX (1).

Nuestros cuerpos, comparados con otros, son robustos; pero si los reduces á la naturaleza, que destruyendo todas las cosas, las vuelve al estado de que las produjo, son caducos; porque manos mortales ¿qué cosa podrán hacer que sea inmortal? Aquellos siete milagros (y si acaso la ambicion de los tiempos venideros levántare otros más admirables) se verán algun día arrasados por tierra. Así que no hay cosa perpétua, y pocas que duren mucho. Unas son frágiles por un modo, y otras por otro; los fines se varian, pero todo lo que tuvo principio ha de tener fin. Algunos amenazan al mundo con muerte, y (si es lícito creerlo) vendrá algun día que disipe este universo, que comprehende todas las cosas humanas, sepultándolas en su antigua confusion y

(1) No se hallan los demas capítulos de este libro, y algunos quieren que sea continuacion del libro *De la brevedad de la vida*. Don José Rodríguez de Castro, en su *Biblioteca española*, tomo II, dice:

«Del libro *De consolatione*, que envió á Polibio, consolándole por la muerte de su hermano, faltan los diez y nueve primeros capítulos y parte del vigésimo. Este Polibio era liberto del emperador Claudio y uno de sus validos; estaba instruido en la lengua griega y latina, y era estimado de sus coetáneos por sus producciones literarias. De este Polibio se valió Séneca para volver á la gracia de Claudio; y porque se excedió en los elogios que hace de él y del Emperador, es criticado de adulador, y tenido este libro por indigno de un filósofo estoico.»

Juan Alberto Fabricio, en el capítulo IX del libro II de la *Biblioteca latina*, dice que Séneca escribió este libro en el año tercero de su destierro en Córcega.

tinieblas. Salga, pues, alguno á llorar estas cosas y las almas de cada uno. Laméntese tambien de las cenizas de Cartago, Numancia y Corinto, y si alguna otra cosa hubo que cayese de mayor altura, pues áun lo que no tiene dónde caer, ha de caer. Salga asimismo otro, y quéjese de que los hados (que tal vez se han de atrever á empresas inefables) no le perdonaron á él.

CAPÍTULO XXI.

¿Quién hay de tan soberbia y desenfrenada arrogancia, que en esta inevitable necesidad de la naturaleza (que produjo todas las cosas á un mismo fin) pretenda que él y los suyos hayan de ser exentos, queriendo libertar alguna casa de la ruina que amenaza á todo el orbe? Será, pues, de grande consuelo pensar cada uno que le sucede lo que padecieron todos los que pasaron, y lo que han de padecer todos los que vinieren; y juzgo que por esta causa quiso la naturaleza que fuese comun todo aquello que hizo más acerbo; porque la igualdad sirviese de consuelo en las asperezas del hado. Y no te ayudará poco el considerar que el dolor, ni á tí, ni á la persona que te faltó, ha de ser de provecho; con lo cual no has de querer dure lo que á entrambos ha de ser infructuoso. Si con la tristeza hemos de aprovechar algo, no rehusó dar á tu desgracia la parte de lágrimas que ha quedado de las mias, que si te han de ser de algun provecho, todavía en estos ojos, consumidos con llantos domésticos, hallaré algun humor. No ceses, lloremos; que yo quiero tomar por mia

esta causa: «A juicio de todos fuiste, oh fortuna, reputada por acerbísima, en haberte desviado de aquel que por beneficio tuyo habia llegado á tanta estimacion, que ya su felicidad (cosa que pocas veces sucede) estaba libre de la envidia. Ves aquí á quien diste el mayor dolor que pudo recibir viviéndole César; y despues de haberle cercado por todas partes, conociste que sola ésta quedaba descubierta á tus heridas. Porque, ¿cuál otro daño le podias hacer? ¿Habíasle de quitar las riquezas? Nunca vivió sujeto á ellas, y ahora, en cuanto puede, las desecha de sí, y en medio de tan gran felicidad en adquirir las, ningun otro mayor fruto saca de ellas, que la ocasion de despreciarlas. ¿Habías de quitarle los amigos? Sabias tú que era tan amable, que con felicidad podria substituir otros en lugar de los que les quitases; porque de todas las personas poderosas que yo he conocido en las casas de los príncipes; á solo éste he visto, cuya amistad (con ser tan útil) se busque más por aficion que por interes. ¿Habíasle de quitar la buena opinion? Teníala tan asentada, que no eras poderosa á desacreditarle. ¿Habías de privarle de la salud? Conocias que su ánimo (no sólo criado, sino nacido en las ciencias) estaba de tal manera fundado, que se levantaba sobre todos los dolores del cuerpo. ¿Habías de quitarle la vida? ¿Qué tan grande daño piensas que le hacias, habiéndole prometido la fama larguísima edad? Él hizo de modo que ésta le durase en la mejor parte; porque habiendo hecho excelentes obras de elocuencia, se libró de la mortalidad. Todo el tiempo que duráre el dar honor á las letras, y miéntras se conserváre el vigor de la lengua latina y la gracia de la griega, vivirá entre los insignes varones, cuyos ingenios igualó; y si rehusáre esto su modestia, entre aquellos á que se aplicó.»

CAPÍTULO XXII.

«Pusiste, pues, la mira en aquellos en que más le podias ofender; porque cuando cada uno es mejor, sabe por la misma razon sufrirse más, cuando te ve enfurecida sin causa, y tremenda entre los halagos. ¿Qué te costaba dejar libre de injurias aquel varon, á quien parece habia venido tu liberalidad, movida más por razon que por tu acostumbrado antojo? Añadamos (si te parece) á estas quejas la buena inclinacion de aquel mancebo que cortaste entre sus primeros acrecentamientos.» El difunto, oh Polibio, fué digno de tenerte por hermano, y tú eres dignísimo de no tener ocasion de dolerte, áun por muerte de algun indigno hermano. Él tiene igual testimonio de todos los hombres que le echan ménos en honor tuyo, alabándole en el suyo, sin que jamas hubiese tenido accion que con gusto no le reconocieses. Tú áun para hermano ménos bueno fueras bueno; pero habiendo tu piedad hallado en él idónea materia, se extendió con más libertad. Ninguno conoció con injuria su potencia, á nadie amenazó con que eras su hermano. Habíase ajustado al ejemplo de tu modestia; porque cuanto eres de esplendor á tu linaje, le eres de carga para que te imite, y él satisfizo á esta obligacion. ¡Oh duros hados, nunca justos con las virtudes! Antes que tu hermano conociese su felicidad, fué arrebatado. Bien veo que esta mi indignacion no es

suficiente; porque no hay cosa tan dificultosa como hallar palabras proporcionadas á un gran dolor; pero ea, si nos ha de ser de algun provecho, quejémonos. «¿Qué es lo que quisiste hacer, oh injusta y violenta fortuna? ó tan presto te arrepentiste de tus dádivas? Qué crueldad es ésta? Hiciste division entre dos hermanos, deshaciendo con sangriento robo la concórdísima compañía, y turbando la casa adornada de tan concordes mancebos (sin que en ellos hubiese alguno que degenerase), sin razon alguna la sacrificaste. Segun esto, no es de provecho la inocencia ajustada con las leyes, ni la antigua frugalidad, no la potencia de grande felicidad, no la observada abstinencia, no el sincero y puro amor de las letras, ni la conciencia limpia de toda mancha.» Lloro Polibio, y advertido con la muerte de un hermano de lo que puede temer en los demas, viene á tener temor en lo mismo que es el consuelo de su dolor. Hazaña indigna. Lloro Polibio, teniendo propicio á César. Sin duda, oh fortuna, emprendiste esta crueldad para ostentar que ninguno puede ser defendido de tus manos, áun por el mismo César.

CAPÍTULO XXIII.

Podemos quejarnos muchas veces de los hados, pero no los podemos mudar, porque son duros y inexorables. Nadie los mueve, ni con oprobrios, ni con lágrimas, ni con razones. A ninguno perdonan, ni remiten cosa alguna. Dejemos, pues, las lágrimas que no aprovechan, y el dolor con más felicidad nos llevará adonde está el difunto, que volverle á que le gocemos. Si el dolor atormenta y no alivia, conviene dejarle á los principios, retirando el ánimo de los débiles consuelos y del amargo deseo de llorar. Si la razon no pusiere fin á nuestras lágrimas, cierto es que no se le pondrá la fortuna. Ven acá, pon los ojos en todos los mortales, y verás que en todos ellos hay una larga y continuada materia de llorar: á uno llama al cotidiano trabajo su pobreza; otro teme las riquezas que codició, padeciendo con su mismo deseo; á uno aflige la solicitud, á otro el cuidado, y á otro la muchedumbre de los que frecuentan sus zaguanes. Éste se queja de que está cargado de hijos, aquél de que se han muerto. Acabaránse las lágrimas ántes que las causas del dolor. ¿No ves la vida que nos ha prometido la naturaleza? pues ella quiso que el primer agüero fuese el llanto. Con este principio venimos al mundo, y en él consiste el orden de los años venideros, y en esta forma pasamos nuestra vida. Por lo cual conviene que lo que se ha de hacer muchas veces, se haga con moderacion y atendiendo á que son muchas las cosas tristes que nos vienen siguiendo; y si no pudiéremos poner fin á las lágrimas, debemos por lo ménos reservar algunas. En ninguna cosa se debe tener mayor moderacion que en ésta, de que tan frecuente es el uso. Tampoco dejará de ayudarte mucho el entender que á ninguno es ménos grato tu dolor que al mismo á quien juzgas le das. Él no quiere que te atormentes, ó no entiende que te atormentas. Segun esto, no hay razon alguna para esta demostracion. «Porque si aquel por quien se hace no la siente, es superflua; y si la siente, le es pensosa.»